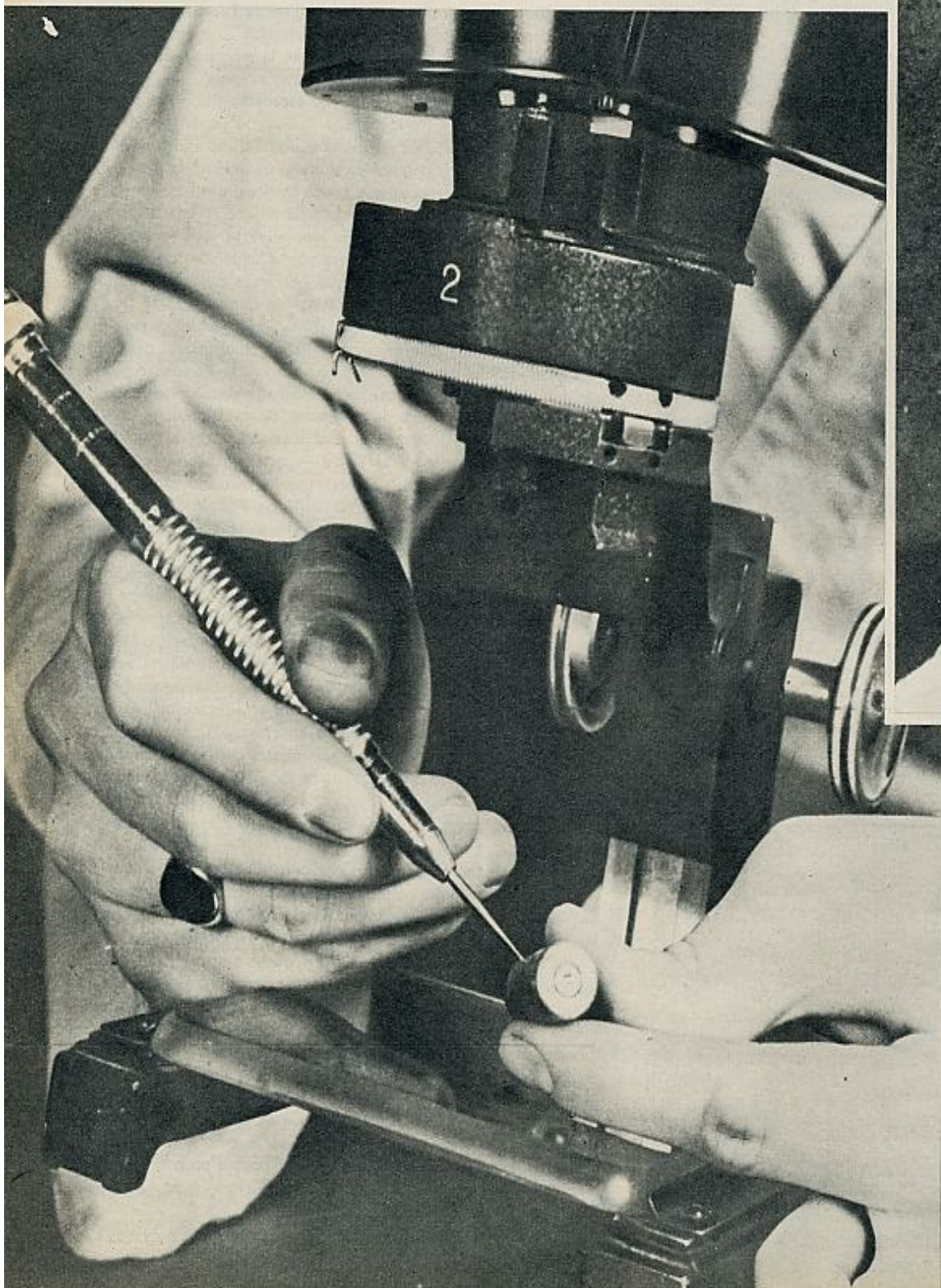



EXCLUSIVA

EL ESPIONAJE **2**

UNA INDUSTRIA DE PRECISION



Los servicios de contraespionaje cuentan con expertos para la observación y control de toda clase de huellas. Las diminutas imperfecciones del cañón de un arma son tan individuales como puedan serlo las huellas dactilares. Al comprobar las estrías de los balines —foto de la izquierda— se puede deducir con qué pistola fueron disparados. Otro de los métodos empleados más habitualmente —foto sobre estas líneas— es sacar un molde en yeso de cualquier huella y establecer la comparación con el zapato del sospechoso.



**LA HISTORIA
DE BORIS MORROS,
EL HOMBRE QUE
TRABAJO PARA RUSIA
AYUDADO POR LOS AMERICANOS**

EL F.B.I. Y EL K.G.B.

DOS COLOSOS EN LUCHA PERMANENTE

A la cabeza del F. B. I. y sus ciento veintiocho millones de informes está Edgar Hoover, que se ha encontrado mezclado en espectaculares "affaires", en los que, generalmente, espías soviéticos y nazis eran los encausados. Uno de los asuntos más asombrosos fue el de Boris Mihailovitch Morros.

EL ESPIONAJE

artista ruso y multimillonario americano, a quien el F. B. I. debe el desmantelamiento de un importante sistema de informaciones puesto en pie en los Estados Unidos por la U. R. S. S. Nacido en el año 1905, cuando el régimen zarista brillaba aún en su apogeo, a los cuatro años era un virtuoso del violonchelo; a los doce era discípulo de Rimsky Korsakof y todos los instrumentos musicales le eran familiares; a los diecisiete fue nombrado director adjunto de la Opera Imperial, y a los veintidós huyó, ante la revolución, a Ankara, obteniendo a continuación el visado para los Estados Unidos.

Acabada la guerra, el mundo buscaba diversiones. Hollywood trabaja las veinticuatro horas del día. Morros se dirige allí, y en poco tiempo logra hacerse un puesto. Firma comedias musicales, y entra en la Paramount, donde se convierte en director musical. Su «Desfile de los soldaditos de madera» se hace pronto célebre y empieza a contar sus rentas en millones de dólares. En 1930 obtiene la nacio-

nalidad americana. Su fortuna aumenta, sin que la segunda guerra mundial logre disminuirla. Sin embargo, le preocupa la salud de su padre, y año tras año firma peticiones para que pueda venir a reunirse con él en los Estados Unidos; pero las autoridades soviéticas no acaban de conceder el visado de salida. Por fin, uno de sus amigos, el financiero Alfred Stern, le pone en contacto con un agregado llamado Vassil Zubilin, que se muestra dispuesto a encargarse de apoyar la demanda de su ex compatriota. Unos días después, Morros, agradecidísimo, tiene en su poder el documento que representa la posibilidad de que su padre se reúna con él.

En 1945 la guerra de los soldados termina. Se disuelve la OSS. Pero la guerra secreta continúa. En un momento que para todos es de euforia, comienza para Morros una dura prueba. Stern y Zubilin organizan una comida para recordarle la deuda de gratitud que contrajo en 1943. Tiene que pagar, que trabajar para Rusia, «su verdadera

patria». Se trata de proporcionar «ciertas informaciones», de llevar a cabo «una o dos misiones secretas». El compositor rehúsa, intenta debatirse, pero sus interlocutores pasan a las amenazas. Morros se da cuenta de que no están dispuestos a retroceder y de que pueden arruinar su carrera; aunque Mac Carthy no hacía todavía estragos en aquella época, ya entonces el ser acusado de comunista en Estados Unidos era algo harto peligroso. Con la frente perlada de sudor, intenta una última maniobra:

—Necesito veinticuatro horas para reflexionar —articula con dificultad.

—De acuerdo. Quedamos mañana por la tarde en el hall del Waldorf Astoria, de Nueva York. Pero cuidado. Nada de tonterías. No perdonamos a los traidores.

Morros se quedó sin reflejos, sin respiración, sin voluntad... Subió a su coche y erró a través de la ciudad, sin dirección y con la cabeza vacía. A su alrededor las gentes iban y venían, gentes normales que no tenían, sin duda, su fortuna,

pero a las que no se les pedía que dieran pasos como el que a él acababan de proponerle...

Esta carrera en el vacío se prolongó más de una hora. Morros se encontraba ahora en una carretera desconocida de los suburbios de Washington. Se paró. A la derecha de su coche se encontraba una ligera construcción de madera y cristal, una simple cabina telefónica. De un vistazo se aseguró de que no había sido seguido. Entró en la cabina, marcó el número «Ejecutivo 3-7100», dio su identidad y, rápidamente, anunció que se presentaría en seguida —eran alrededor de las cuatro de la tarde— en el gabinete de Hoover, a quien quería hacer una comunicación importante.

Hoover conocía a Morros de nombre. Le recibió inmediatamente e incluso intentó adoptar un semblante de afabilidad, a pesar de su rostro de bulldog. El hombre que aparecía ante él estaba deshecho, era un hombre roído por el miedo que venía a pedir protección a la policía, y que suplicaba: «Haga que Stern y Zubilin no sepan nada de nuestra conversación.»

AGENTE DOBLE PARA EL F. B. I.

El jefe de los «G-Men» había visto muchas cosas a lo largo de sus veinte años de servicio. Pero aquel asunto le dejó estupefacto, tanto por la personalidad de sus protagonistas como por las implicaciones que vio en él. No prometió nada a Morros, y le pidió simplemente que volviera al día siguiente a las seis de la tarde. Mientras tanto, para estar seguro de que nada le ocurriría al compositor, le hizo vigilar discretamente por dos inspectores.

A la mañana siguiente, cuando Morros llamó a la sede del F. B. I., la máquina estaba en marcha. El Presidente Truman había dado su acuerdo. Sólo quedaba una interrogante: ¿Cómo iba a reaccionar Morros?

—Porque, naturalmente —repuso Hoover—, va usted a aceptar la proposición de Zubilin y Stern. Confiamos en sus sentimientos patrióticos. Debe demostrar que es un leal ciudadano americano.

Realmente, nada había preparado a Morros para esa existencia llena de azares a la que le empujaban de una y otra parte y en la que tenía muchas probabilidades de dejarse la piel. Pero ya no era posible retroceder. Se dio cuenta de ello y aceptó.

—De acuerdo —dijo a Hoover con su más suave sonrisa.

Desde ese instante, el pusilánime Morros, el cliente de los grandes «night-clubs» de Los Angeles, sufrió una asombrosa metamorfosis. Naturalmente, siguió siendo bajito, calvo y con la silueta espesa; no tenía nada que le hiciera parecerse a los agentes dobles de las novelas



Los esposos Rosenberg —Ethel y Julius— fueron electrocutados en Sing-Sing en 1953, acusados de hacer espionaje a favor de la URSS. El proceso Rosenberg —los «espías atómicos»— suscitó enorme interés, produciéndose en el mundo entero manifestaciones a su favor, como la que muestra la fotografía.



Georges Pâques fue detenido en París el 30 de agosto de 1963. Encargado de los servicios de relación con la prensa francesa y extranjera en la Nato, suministró a Moscú los planes de repuesto nuclear de la organización atlántica. Pese a sus convicciones antimarxistas, Pâques se había hecho espía soviético por dinero. En las fotos, Pâques y su esposa.

de aventuras. Pero bajo sus tupidas cejas su mirada era energética, y sin un temblor en la voz comunicó a Zubilin su aceptación de entrar al servicio del espionaje soviético. Inmediatamente fue presentado a su jefe directo, un hombrecillo moreno llamado Jack Sobble. No tendría queja de Morros, que dio referencias irrefutables —hechas a la medida en el Pentágono— y que se reveló —con la ayuda del F. B. I.— como uno de los agentes más eficaces de la U. R. S. S. Su empleo en Hollywood justificaba sus desplazamientos a los cuatro rincones del mundo; en siete años atravesó cincuenta y seis veces el Atlántico sin que las autoridades americanas dudasen nunca en renovar su pasaporte.

ENTREVISTA CON BERIA

En 1953, Morros experimentó la más fuerte emoción de su vida de agente doble. Se encontró frente a frente con Beria en un amplio despacho, guateado y con la calefacción excesivamente alta, del Kremlin. La entrevista con el jefe de la policía secreta soviética no tuvo nada de un cotilleo mundano. Beria se mostró receloso: «He recibido —dijo— informes confidenciales que dejan entender que usted podría ser un agente camuflado del contraespionaje americano.» Morros se dio cuenta de que su suerte dependía de los segundos inmediatos. Oposo a la mirada de acero de Beria y a sus frases, que calan como machetes, su suave acento de ciudadano refinado y sus ojos limpios. Insistió en sus sentimientos rusófilos y acabó por seducir a Beria. La entrevista terminó con un cálido apretón de manos y protestas de fiel amistad.

En aquel mismo año, Ethel y Julius Rosenberg eran electrocutados en Sing-Sing, acusados de haber pertenecido a una red de espionaje de la que Morros, según parecía, era el eslabón maestro. Pero tanto estas ejecuciones como la nueva política del equipo Burganin-Yakov-Krutschev contra los últimos partidarios de estalinismo no hicieron sino fortalecer la posición de Morros, para quien, a partir de entonces, la Embajada soviética ya no tuvo secretos.

Lugarteniente del coronel Abel, gran señor del espionaje soviético en Estados Unidos, estaba encargado de las misiones más delicadas. Así fue cómo entró en contacto con los espías que la M. V. D. mantiene en todas las cancillerías americanas, y hasta en los servicios más cerrados.

MISION CUMPLIDA

Durante doce años, sin que ningún miembro de su familia ni ninguno de sus amigos sospechase nunca su papel eminente en la guerra de los servicios secretos, Morros interpretó su personaje de agente doble. A principios de 1957, una misión ni más ni menos peligrosa que otras que hasta entonces había desempeñado marcaría la última aparición del músico en la red soviética. El 19 de enero de aquel año, después de una corta escala en Berlín, Morros llegó a Munich, donde debía tomar el avión para Viena. A la mañana siguiente encontraría, en la Embajada soviética de la capital austriaca, a un oficial a quien debía remitir los planos del último cañón atómico americano. Eran las seis de la tarde. Morros, encerrado en la confortable habitación de un hotel de lujo de la Maximilianstrasse, esperaba el momento de pedir

al portero un taxi que le condujera al lugar de su cita. Desocupado y aburrido, hojeaba unos periódicos y mordisqueaba un puro. El botones deslizó un papel bajo la puerta.

Este simple incidente hizo sobresaltar a Morros. Nadie, en efecto, conocía su presencia, ese día y a aquella hora, en un hotel de Europa Central. Nadie, salvo alguien, en Washington, en una oficina del F. B. I. llena de ficheros y de aparatos telefónicos. Lívido y con mano temblorosa, Morros rasgó el sobre. Sacó de él un telegrama fechado, precisamente, en Washington, y que no contenía más que una palabra: «Cinerama». Ninguna otra indicación, ninguna firma. Esto bastó al enviado especial de Edgar Hoover, ya que «Cinerama», en lenguaje cifrado, significaba «Misión terminada». Significaba, incluso, algo más: «Está descubierto. Póngase a seguro inmediatamente.»

Desde hacía doce años, Morros esperaba aquel telegrama. Sabía que un día llegaría y que, ese día, debería pensar de prisa y actuar aún más rápidamente. Después de absorber una gran bocanada de aire, pidió un taxi y se precipitó en su interior, diciendo al chófer: «Al aeródromo de Riem, a toda velocidad.»

El primer avión para Nueva York no partía hasta una hora después. Era una hora de espera angustiosa, cuyos minutos se desgranaban lentamente, pudiendo ser cada uno de ellos el último. Morros espía los rostros de los viajeros que le rodeaban. Evitó ir al bar y se las arregló para estar siempre apoyado a una columna o a una pared. Por fin, el altavoz lanzó su llamada nasal en alemán, francés e inglés: «Atención, se ruega a los señores viajeros para Frankfurt, Orly e Ildewild que se dirijan a la pista de embarque...»

Y el 10 de enero de 1957 Mo-

ros aterrizó en Nueva York, muy lejos de la Embajada vienesa, para ser en seguida rodeado por dos «ángeles de la guarda» macizos como cajas fuertes, con los que subió al expreso de Washington.

Misión cumplida, terminada en efecto, para Morros; pero también para Alfred Stern, para Martha Dodd, para Jack y Myra Sobble, para los esposos Zlatovski, para Rudolf Abel y para una serie de funcionarios, grandes espías o mediocres informadores, a los que la acción perseverante de Morros puso fuera de combate.

LOS HONORES DEL "ZAPISKI"

Los periódicos tuvieron, en pocas horas, sus columnas llenas de todos estos nombres. A cada nueva red descubierta se reproduce la misma cantilena, válida para todos los países. Indignación, sentimiento nacional violado y asombro: «¿Cómo es posible que esto ocurra entre nosotros?». Los editoriales mullan su pluma en vinagre, la oposición multiplica sus sarcasmos. Pero, al mismo tiempo, la redada tranquiliza. «Servirá de lección» a todos esos espías capturados.

En realidad, «no les sirve de nada». Quince días, tres meses o seis meses más tarde todo vuelve a empezar. En los servicios de espionaje todos lo saben: el enemigo ha vuelto al lugar. El espionaje comunista —veintisiete servicios soviéticos, checos, polacos, rumanos, húngaros— es una industria al menos tan poderosa como la de los Estados Unidos, con la ventaja de ser mucho más antigua y de disponer de múltiples complicidades ideológicas en el mundo occidental. Recordemos a la pareja Rosenberg, a Fuchs, a Pontecorvo, a los secretos atómicos que vuelan... **SIGUE**

Los casos de John Vassall y John Profumo son indicativos de cierta tendencia del espionaje soviético, que «contrata» a sus espías no atendiendo a sus ideas políticas —caso Fuchs, los Rosenberg, Pontecorvo— o necesidades económicas —caso Georges Pâques—, sino a sus debilidades sexuales de todo tipo, sometiéndoles posteriormente a chantaje.



La casa madre está, naturalmente, en Moscú. Tres cabezas se disputan la primacía, tres servicios que se detestan tan cordialmente como la CIA, la DIA y todos sus sucedáneos de Washington.

En primer término está el KGB; «Komitet Gossozdorstenoi Bezobasnostli», el «Comité para la seguridad del Estado», cuya sede se encuentra al lado del palacio de la Cultura. En este monumental inmueble está instalado el «Zapiski», un fichero gigantesco en el que se alinean millones y millones de informaciones sobre todos los que, de Tokio a París, de la Patagonia al Spitzberg, de Dallas a Calcuta, son susceptibles de proporcionar información al bloque soviético.

Muchos occidentales se mostrarían sorprendidos al saber que han merecido los honores del «Zapiski», con detalles sobre su vida que consideraban cuidadosamente ocultos —«le gustan demasiado las mujeres, la bebida, ha tenido un «lío», conduce demasiado de prisa»; o bien cosas más anodinas, sus distracciones, las películas que ve, el gusto por su oficio, sus opiniones políticas, religiosas, raciales...—. El conjunto está aderezado con copias de documentos, de microfilms, de cartas, de recortes de prensa.

Doscientos cincuenta empleados, políglotas en su mayoría, rigen este imperio dotado de los últimos perfeccionamientos electrónicos y protegido por tabiques blindados. Las puertas, enteramente en acero, se abren eléctricamente, y sólo los ini-

ciados pueden hacerlas funcionar.

¿Por qué todas estas informaciones, la mayoría de las cuales no será, sin duda, utilizada nunca? Porque de un detalle, de una debilidad humana, puede obtenerse un agente eficaz. Todo diplomático que llega a Moscú es inmediatamente «marcado» por un agente del KGB. Este agente le vigilará y establecerá su «ficha». Sea cual sea el rango del funcionario diplomático, desde el embajador al más modesto traductor, su vida será estudiada al microscopio, sus antecedentes serán minuciosamente analizados; el agente del KGB deberá saberlo todo sobre su familia, sus estudios, su carrera, sus gustos, sus amigos, sus defectos, su salud, sus vicios si tiene alguno...

Con ayuda de esta extraordinaria metodología, se trata de encontrar la ocasión de un acercamiento o de un compromiso. Los rusos no tienen prisas. Miran lejos, como muestra el caso Morros. Su finalidad es descubrir la juntura que permita «enrolar» a un nuevo agente.

FOTOS COMPROMETEDORAS

Todos los medios son buenos. Un cónsul occidental recibe a una mujer joven que le acosaba desde hacía semanas, sin querer decir nunca el motivo de su visita. Una vez a solas con el diplomático abre su abrigo y aparece desnuda... Algunas veces sale mal la cosa.

La mujer de un agregado francés se vio un día abordada, en la calle, por un hombre que le presentaba una tarjeta oficial. Le rogó que le siguiera. Era difícil negarse. Penetró con él en un edificio, subió una escalera, entró en un local donde fue sujeta por varios hombres y «expuesta» a un fotógrafo que tiró unas placas con la mayor naturalidad; naturalmente, luego vino el chantaje: «O trabaja para nosotros, o enviaremos las fotos a su marido». Se trataba de una mujer con cabeza, que contó todo en su casa nada más volver; el agregado y su esposa fueron repatriados inmediatamente, para evitar que fueran víctimas de otro chantaje.

Los fracasos de este tipo, no obstante, no son la regla. En la mayor parte de los casos juegan sobre los que pueden «dar resultado», y no se equivocan.

Todavía recientemente el «Journal American» revelaba que diecinueve funcionarios a mericanos —trece del Departamento de Estado, cuatro de la CIA y dos de la energía atómica— estaban al servicio de los soviéticos. Por lo menos cuatro de estos caballeros se habían dejado coger —y fotografiar— en los brazos de vampiresas locales, en la época en que habían

estado en misión en diferentes embajadas del Este, principalmente en Varsovia.

En estos casos concretos, el espía recién reclutado no suele ser utilizado en los mismos lugares, a no ser para «quemarlo» definitivamente. Es cuando vuelve a su patria cuando adquirirá todo su valor.

Fue también con ayuda de clichés comprometedores como los rusos hicieron entrar en su juego a John Vassal, funcionario del Almirantazgo británico. Nacido en 1928, en una familia respetabilísima, había entrado en el Almirantazgo a los diecisiete años, en la selección de archivos. Vassal pasaría después a la RAF, como fotógrafo. Volvió al Almirantazgo en 1947, y en 1954 logró ser afectado a los servicios del agregado naval británico en Moscú. Fue allí, en 1955, donde se dejó coger en las redes del KGB.

Vassal tenía una «debilidad de carácter», según la púdica expresión utilizada al otro lado del canal de la Mancha por las comisiones de investigación para designar a los homosexuales. En la Embajada de Moscú, un tal Michailsky, de nacionalidad polaca, hombre para todo al servicio del personal diplomático, trabó amistad con Vassal. Durante una cena en un reservado de un

buen restaurante, le presentó a unos «amigos» soviéticos. Ni que decir tiene que todos estos «amigos» pertenecían al KGB. El calor comunicativo de todos los banquetes, unido a las numerosas libaciones, hizo que todo el mundo se desnudara, lo que permitió a los agentes rusos tomar las fotos que se pueden imaginar. Llegó la hora del chantaje. Unos días más tarde, dos policías campechanos, esta vez de uniforme, hicieron saber a John Vassal que los «documentos» que le mostraron como un abanico de cartas, serían remitidos a su Embajada si no aceptaba trabajar para Rusia. Vassal, cogido en la trampa, aceptó. Transmitió briznas de información obtenidas en la Embajada. Pero fue a su regreso a Londres, en 1957, cuando se le pidió que se pusiese a trabajar «seriamente». Y, a juzgar por el tren de vida que llevaba, su «trabajo» debió ser excelente, y sus jefes debían estar satisfechos, ya que le pagaban muy bien. Con un sueldo anual limitado —682 libras, alrededor de 115.000 pesetas—, Vassal, con los suplementos soviéticos, pudo darse la gran vida.

Cuando fue detenido, el 12 de septiembre de 1962, la policía descubrió que el apartamento de Vas-

sal contenía veinte trajes de Saville Row, una costosa alfombra persa, una cómoda «Queen Ann» valorada en 500 libras y otros muebles igualmente valiosos.

Los pagos en billetes de cinco libras, que se realizaban de mano a mano —quizá cincuenta libras un día, doscientas otro, si la importancia de los documentos remitidos justificaba semejante largueza—, le permitían duplicar al menos sus ingresos. Incluso parece que en un solo año, entre 1957 y 1958, recibió de sus jefes un total de 3.000 libras, que se apresuró a gastar. Lo más asombroso es que los servicios de seguridad del Almirantazgo no sospecharan nada, y, lo que es peor, que un ministro de Mac Millan, titular de la cartera de Escocia —Galbraith— tenía relaciones muy amistosas. Comprometido, a pesar de una honestidad personal ejemplar, Galbraith pagó su ingenuidad con su dimisión.

Otro gran ingenuo fue Profumo, ministro de la Defensa igualmente en el gobierno Mac Millan, que tuvo el triste honor de ser el tercer personaje del escándalo Christine Keeler. El primero era Ivanov, agregado naval de la Embajada soviética en Londres. En este asunto, el delito de espionaje no fue **SIGUE**



El doctor Klaus Fuchs trabajaba en la Alemania Federal, pero sus ideas políticas le incitaron a descubrir secretos de alta importancia atómica al espionaje soviético. Logró pasar, en 1959, a la Alemania del Este, donde fue nombrado vicepresidente del Instituto de Investigaciones Nucleares de Dresde.

probado, pero el tiro pasó tan cerca que Profumo perdió el gorro.

LA ESCUELA ROSA DE LOS ESPIAS

Estos dos últimos casos —Vassal y Keeler— son característicos y representativos de la evolución de los métodos empleados para el reclutamiento de espías a favor de Moscú. A los comunistas que actúan por convicción —Fuchs, Pontecorvo, los Rosenberg, Burgess y Mac Lean— han sucedido los «débiles», los que no pueden dominar sus apetencias sexuales, su sed de dinero.

Vassal ha revelado a los investigadores del M. I. 5 —el servicio de contraespionaje inglés— que su «jefe», Nicolai Karpekov, primer secretario de la Embajada soviética en Londres, se interesaba tanto por los detalles de la vida privada y las debilidades de los funcionarios del Almirantazgo y de los otros ministerios como por las informaciones susceptibles de ser retransmitidas a Moscú.

George Blake, que ahora purga una pena de cuarenta y dos años de prisión, remitía también listas detalladas sobre sus colegas del Foreign Office. Una señal roja indicaba a los que, entre ellos, tenían tendencias sexuales anormales.

El reclutamiento en función del chantaje sobre las costumbres ha sustituido al de aquellos que son conocidos como comunistas y a los que las administraciones occidentales excluyen automáticamente e implacablemente de sus plantillas, al menos en cuanto les descubren. El método, por otra parte, ha resultado tan provechoso que no lejos de Moscú se ha creado una especie de «escuela rosa» donde se aprende a seducir a los oficiales occidentales. Los hombres y mujeres seleccionados que en ella siguen cursos se cuentan por centenares. Uno de ellos, Valentín Goubitchev, llegó una mañana a Nueva York con la misión de seducir a una empleada del Ministerio de Justicia, Judy Coplon, que tenía acceso a los informes del FBI. Goubitchev, que tenía todas las informaciones necesarias gracias al «Zapiski», conoció,

«por casualidad», a Judy Coplon, en una galería de arte. Unas palabras sobre los cuadros expuestos, y la conversación estaba trabada. De la conversación al primer beso no había más que un paso. Juramentos de amor eterno, y la muchacha presentaba a Valentín a sus padres...

El noviazgo se prolongó. Valentín tenía a Judy en su poder. Ella, al principio, le contaba «chismes» de la oficina, para divertirse. De ahí pasó a la información verbal, después al robo de documentos. Judy corrió riesgos enormes. Cuando el FBI la detuvo y volcó su bolso, de él cayeron legajos de informes secretos.

Judy fue condenada a veinte años de prisión y Valentín, «diplomático» a su modo, fue inmediatamente repatriado a Moscú.

LAS EMBAJADAS, PLAGADAS DE ESPIAS

Ivanov, Karpekov, Goubitchev, todos pertenecían al cuerpo diplomático. Al mismo tiempo estaban en-

cargados de espías. En la práctica, cada Embajada soviética es un centro de agentes que gozan de inmunidad diplomática. Sobre el papel ocupan puestos de agregados o de chóferes, secretarios, criadas, cocineras, etc...

El 31 de octubre de 1963, el FBI detenía en pleno Washington, y en flagrante delito de espionaje, a cuatro miembros de la misión rusa en la ONU, en el momento en que recibían documentos de un americano, John William Butenko, de origen ruso, especialista en electrónica y administrador de una sociedad que trabajaba para la Defensa, la «International Electrical Corporation».

Los rusos eran el tercer secretario de la misión, Romachin; el agregado, Pavlov; otro agregado, Olenev, y el chófer, Ivanov.

Los agentes del FBI vigilaban a Butenko, Pavlov y Olenev desde hacía semanas. Habían podido asistir varias veces a «contactos» entre Butenko, Pavlov, Olenev y Romachin, en los cuales una cartera de cuero pasaba de manos del americano a las de los soviéticos. El escenario era siempre el mismo. Butenko se reunía, al volante de su coche, con los soviéticos, que venían por su cuenta en otro automóvil; Butenko salía de su coche, daba la cartera a los otros y se volvía. Poco después uno de los soviéticos abandonaba a su vez el coche y devolvía la cartera a Butenko. Entonces, los automóviles arrancaban, cada uno en su dirección.

Una noche, los agentes del FBI no se contentaron con «espías» a los espías. Pasaron al ataque. El decorado del flagrante delito era el parque de estacionamiento de la estación de Engelwood, en Nueva Jersey. Butenko acababa de dejar su coche en un solar. Tenía en la mano la famosa cartera de cuero. Esta contenía —como revelaría más tarde Hoover, el jefe del FBI— «documentos ultrasecretos concernientes a un contrato firmado entre el Ejército del Aire y la «International Electrical Corporation».

Ivanov y Pavlov estaban sentados en su propio coche, en el parque de estacionamiento. Romachin, un poco más lejos, montaba la guardia. Todo estaba tranquilo. Los agentes del FBI surgieron y detuvieron a Butenko en el momento en que tendía la cartera, de la que se apoderaron, cogiendo al mismo tiempo a Ivanov y Pavlov y apoderándose de Romachin. Unos pocos segundos bastaron.

El coche en el que se celebraban las citas estaba provisto de un aparato fotográfico especial situado en el cuadro de mandos, en el lugar donde normalmente se encuentra el encendedor eléctrico. Esta cámara



A la cabeza del FBI y de sus ciento veintiocho millones de informes se encuentra J. Edgar Hoover. El servicio de espionaje americano tiene en el K. G. B. soviético su más poderoso rival. Naturalmente, los métodos de uno y otro organismo son similares y no puede garantizarse que esos métodos, en la mayoría de los casos, sean muy «ortodoxos»...



Pocas veces se da el caso de que los espías abandonen su doble juego. Sin embargo, éste fue el caso de Burgess y Mac Lean, dos de los más brillantes diplomados del Foreign Office, que desde hacía algunos años eran agentes secretos soviéticos. Pero en 1955 abandonaron súbitamente Londres y el Foreign Office se apercebió de que, ganados por la causa comunista, se habían instalado en la Unión Soviética.

minúscula podía obtener en el acto microfílm de documentos.

Butenko cayó bajo una inculpa- ción de espionaje. Los cuatro so- viéticos, protegidos por la inmu- nidad diplomática, fueron simple- mente expulsados. Otros vinieron a sus- tituirlos con las mismas misiones.

En Londres, el conjunto de las misiones comunistas emplea a 141 personas. Sobre este total, el M. I. 5 estima que por lo menos cien per- sonas trabajan a jornada completa para el espionaje. Si se pretendie- ra seguirlos constantemente, harían falta ochocientos agentes. Esta ci- fra sobrepasa el efectivo total del M. I. 5. Y esta simple constatación explica por sí sola los estragos cau- sados por los servicios secretos so- viéticos en Inglaterra.

El papel de los agregados de Em- bajada es más precisamente el de centralizar todas las informaciones que les transmiten sus «contactos», tales como Vassal o Blake. Y, na- turalmente, entra en sus funciones el reclutar tantos «contactos» como sea posible, y el emplear todos los medios para ello.

EL ARGUMENTO FAMILIAR

Si un ingeniero contrae deudas, si un químico se compromete, si un hombre se encuentra en apuros, y un alma buena, conocida apenas de la víspera, viene a sacarle de ellos, puede convertirse fácilmente en un espía. Empleado subalterno de una Embajada de Francia en el Este, Henri L. veía declinar rápida- mente a su mujer, aquejada de un mal incurable. Amigos locales, con los que había trabado relación en un club de tenis, se ofrecieron a proporcionarle un tratamiento en

una clínica especializada, prometiéndoles maravillas de una nueva terapéutica.

Su influencia sobre Henri L. au- mentó. Le «sacaron» para distraer- le. Empezó a emborracharse, para olvidar la prueba por la que estaba pasando. Brazos acogedores se ofre- cieron para calmarle. Se perdió en ellos. Para mayor precaución, sus «amigos» se las arreglaron para comprometerle en un tráfico de di- visas. Había que pagar las noches de locura. En el momento de la transacción, la policía acudió a la cita. Henri L. no se atrevió a decir la verdad a su embajador.

Otras veces, el argumento utili- zado es familiar. Giuseppe Martelli, físico italiano que trabajaba en Gran Bretaña, había tenido dos hi- jos de su primer matrimonio. Su mujer, hija de un funcionario Ita- liano de servicio en Moscú, volvió allí después del divorcio, con sus hijos. El agregado Karpakov, que «controlaba» ya a Vassal, se las arregló para ponerse en contacto con Martelli y explicarle que no volvería a ver a sus hijos si no se mostraba «comprensivo», es decir, si no transmitía a los rusos todo lo que pudiera averiguar. Martelli recibió a este efecto un material complicado y perfeccionado. Zigze- gué durante dos años, no dando nada a Karpakov y prometiendo siempre que transmitiría «si se pre- sentaba algo». En la primavera de 1963 fue denunciado, al fin, por una carta anónima cuya proceden- cia apenas ofrecía misterio. Juzgado en Old Bailey, fue absuelto.

50.000 AGENTES SOVIÉTICOS

Finalmente, está el dinero. Geor- ges Pâques, de cincuenta años, era detenido el 30 de agosto de 1963,

en París. Catedrático e inspector de Finanzas, marchó a Londres en 1942 y trabajó en el BRCA, con Soustelle. Ocupó numerosos puestos mi- nisteriales bajo la IV República. En 1961 entró en la NATO, donde se le confiaron las relaciones con la prensa francesa y extranjera.

Gran conversador, brillante, ele- gante, se hizo amigos en todos los servicios. Rápidamente se convirtió en el hombre mejor informado de la Organización Atlántica. Esta era también la opinión de los soviéti- cos, para quienes trabajaba desde hacía años. Concretamente, había proporcionado a Moscú los planes de respuesta en caso de conflicto atómico. La cuestión se planteó. ¿Por qué este hombre, conocido por sus sentimientos anticomunis- tas, había traicionado? Porque sus necesidades monetarias sobrepasa- ban sus convicciones políticas. Para darse la buena vida sin demasiadas dificultades algunos se hacen gang- sters: Georges Pâques prefirió el es- pionaje.

Este fue también el caso del co- ronel Wennerstrom, oficial sueco detenido en junio de 1963. Los ru- sos le daban verdaderas órdenes de misiones. Completaba sus informa- ciones, aportaba pruebas, fotogra- fiaba documentos secretos gracias a su posición clave, proporcionaba de encargo los detalles completos, con dibujos, de los secretos mili- tares, tales como el avión «Drak- ken» (Dragón, el «Mirage» sueco...)

Cuando necesitaba dinero vendía a precio de saldo informaciones se- cundarias. Esto duraba desde hacía quince años. Y si los rusos le paga- ban bien —cincuenta millones de francos franceses, en total— es porque más de un secreto de la NATO se escapó por esa fuente, transmitido al agregado militar ru- so en Estocolmo, el general Ni- kolski.

Este general era, en la jerarquía del espionaje soviético, un «direc- tor». Hay uno por capital, por Em- bajada podría decirse. Dirige al per- sonal bajo sus órdenes —secretar- ios, agregados y funcionarios di- versos— y ve afluir a su mesa de despacho toda la «mercancía» que es transmitida a Moscú por radio de onda corta, por la valija diplo- mática o, simplemente, por correo.

Por el mundo habrá 50.000 agen- tes soviéticos teleguiados desde las Embajadas, que cooperan tanto con el KGB —espionaje general— como con el GRU —«Glavnoi Razdevyva- telnde Upravleniye», encargado más específicamente de la informa- ción militar.

FRANÇOIS MUSARD
(COPYRIGHT ZARDOYA
y TRIUNFO 1964)

Fotos ZARDOYA, CIFRA,
KEYSTONE y TORREMOCHA

En el próximo número

3 OTROS SERVICIOS SECRETOS